

INTRODUCCIÓN

Liberalismo y socialismo pertenecen a ese género de términos cuya amplitud y pluralidad semánticas acaba por convertir el uso en abuso. Pocos conceptos tan difusos y a menudo tan equívocos como estos pueden encontrarse en cualquier enciclopedia del pensamiento político occidental. Ciertamente, en sí mismos no dejan de ser simples abstracciones. Hay liberalismos y socialismos, pero no existe lo uno o lo otro como tal; hay multitud de acepciones de lo uno y lo otro, muchas de las cuales interseccionan entre sí, y apenas unos cuantos rasgos convencionales que podrían identificarlos en general. Obviamente, esto no significa que liberalismo y socialismo puedan significar cualquier cosa, pero sí muchas cosas, algunas de las cuales llegan incluso a contradecirse entre sí. No cabe duda de que una historia conceptual de uno y de otro podría resultar muy iluminadora.

Este problema de imprecisión parece acentuarse en determinados periodos y contextos de la historia contemporánea, algunos de los cuales conforman, precisamente, el escenario de este libro: el exilio republicano español de 1939, el cual no solo remite a un origen y a un destino, la España de la guerra civil y el contexto receptor de países como México, Argentina o Estados Unidos, entre otros, sino también a la destrucción de Europa y a la quiebra radical de la racionalidad moderna, en la que algo tuvieron que ver, activa o pasiva, directa o indirectamente, nadando a favor de la corriente o intentando frenarla, el liberalismo y el socialismo. El primero por ceder a la intimidación del nazi-fascismo hasta el punto de liderar el célebre pacto de no-intervención en España tras el golpe militar de Franco, como parte de una política de apaciguamiento cuya contradicción e ineficacia se hará patente poco años después, con el inicio —en realidad, continuación— de la Segunda Guerra Mundial; el segundo por su dilema permanente entre esa misma estrategia de contención o la de radicalizarse, asumiendo una peligrosa proximidad con el comunismo estalinizado. Tal era el telón de fondo

de la Guerra Civil española, cuya dimensión europea e internacional hace ya tiempo que ocupa el lugar que merece en la historiografía, por delante del conflicto cainita o de la barbarie propia de un país en el que no ha habido una Ilustración profunda. Un telón de fondo que sin duda se modificará con el paso del tiempo, pero que no por ello dejará de ser laberíntico. El nuevo orden geopolítico instaurado tras la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, marcarán una línea evolutiva desde el antifascismo hacia el anticomunismo que no hará sino reproducir las contradicciones del liberalismo, y de nuevo a costa de la República española, condenada a partir de los años cincuenta a un exilio definitivo y sin vuelta atrás posible. Mientras, los dilemas del socialismo seguirán siendo en el fondo los mismos, entre el atlantismo y la democracia occidental por una parte, la complicidad con el comunismo por otra, en medio, siempre, de un permanente debate teórico e ideológico sobre las posibilidades, las interpretaciones y la actualidad del marxismo. En definitiva, si liberalismo y socialismo son conceptos de por sí difusos, más aún resultan serlo en momentos y periodos como el que recorre el presente libro.

Pero la cuestión se complica aún más si nos centramos en un ámbito cultural, histórico y político como el hispánico, precisamente por la presunta debilidad de sus tradiciones liberales y socialistas. No es gratuito el lugar común según el cual liberalismo y socialismo han sido, en España y en Iberoamérica en general, proyectos casi siempre frustrados o realizados de una manera deficiente, precaria y efímera, siempre a contrapelo de inercias autoritarias, relatos de nación excluyentes, integristas religiosos e intransigencias seculares, entre otras fuerzas reactivas. Sin duda hay mucho de esto y por eso es un lugar común. Ahora bien, precisamente por serlo debería ser también un punto de partida más que de llegada, un acopio de verdades conocidas, imprescindibles para aproximarse a una determinada realidad pero que han perdido ya su frescura inicial, para explorarla de manera novedosa y creativa. Por eso el liberalismo y el socialismo en el mundo hispánico, al menos en el plano de la razón crítica y en el ámbito de la construcción teórica, siempre orientada hacia la praxis y el reformismo pese a su pobre saldo de realizaciones, no se agota en un mero intento fallido. También nos remite a aquello que Américo Castro denominara en su día «diferencia hispánica», obviamente no para reproducir ningún nacionalismo cultural, sino para identificar formas de pensar, de entender la razón y de interpretar el mundo singulares, alejadas de las grandes filosofías y de los cánones dominantes en Europa, y por eso mismo marginales, conflictivas y críticas a su manera. En este sentido, otro lugar común como el del humanismo hispánico, tan visitado, por cierto, por los filósofos del exilio republicano del 39, también debería ser tenido en cuenta.

He aquí la ambigüedad, casi dualismo, con la que se tiene que medir cualquier aproximación reflexiva al liberalismo y el socialismo en el con-

texto español. Que lo primero se haya desarrollado de manera deficitaria e interrumpida, sin ilustraciones o experiencias revolucionarias consumadas, o sin el soporte social necesario que podría proporcionarle una burguesía capitalista estable, es sin duda un factor de atraso; pero, paradójicamente y al mismo tiempo, ello también ha permitido alumbrar una perspectiva crítica del canon racionalista moderno, de sus reduccionismos tecnológicos, sus identidades excluyentes y su violencia social, económica y política, finalmente consumada en las experiencias totalitarias que configuran nuestro telón de fondo. Asimismo, que buena parte del socialismo español encontrara en su momento mayores fuentes de inspiración en una obra filosófica como la de Krause en lugar de la de Hegel, comprometiendo así la recepción en España del pensamiento dialéctico y la evolución consecuente hacia el marxismo, no tiene por qué ser una desgracia sin más. Una recepción deficiente de Hegel y de Marx puede ser sin duda una señal de pobreza intelectual, pero al mismo tiempo puede serlo también de distanciamiento crítico de la violencia sistematizada por el idealismo y reproducida por el marxismo dogmático.

En definitiva, liberalismo y socialismo, en el contexto español, no son solo pálidos reflejos de lo que aconteciera en Europa bajo esas denominaciones. También expresan propuestas que buscan señas de identidad propias en conceptos como «persona», «comunidad» u «organismo», frente a conceptos canónicos como los de «individuo», «propiedad» o «contrato». Se plantea así un liberalismo que, para serlo, para salvaguardar, precisamente, la dignidad y los derechos del individuo, tiene que limitar, si es que no negar, la lógica del capital. Ese había sido el mensaje, audaz o ingenuo según cómo se mire, de *Horizonte de liberalismo*, libro primerizo de María Zambrano publicado en 1930, en vísperas del advenimiento republicano y en el punto cero de una nueva generación intelectual y literaria, pronto sacrificada y educada en la estela de la generación del 14. El juvenil liberalismo de Zambrano se inscribía, de hecho, en la órbita de un libro emblemático de esta última y fundamental en el pensamiento político español contemporáneo como *El sentido humanista del socialismo*, de Fernando de los Ríos; un libro ejemplar, de hecho, para entender la singularidad del socialismo en el contexto español, más allá del tópico de la recepción precaria. Un socialismo distante del marxismo pero no por ello condescendiente con la lógica del capital, de vocación ética e inspiración krausista y neo-kantiana, que no concibe los derechos del individuo sin prolongarlos en unos derechos sociales de los que es depositario el estado, figura, a su vez, no solo jurídica sino también moral, llamada a garantizar el despliegue orgánico de las diversas esferas sociales.

Pero liberalismo y socialismo en el contexto español, entendidos como algo e incluso mucho más que el eco de voces ajenas, parecen tener un destino trágico. Precisamente por su condición ambigua, paradójica y casi bifronte, en la que siempre asoma de alguna manera el impedimento, la frustración, la interrupción autoritaria o la mistificación, liberalismo y socialismo se han

visto abocados al exilio o confinados a la expresión disidente la mayoría de las veces. Tanto *El sentido humanista del socialismo* como *Horizonte de liberalismo* fueron publicados bajo la dictadura de Primo de Rivera y no dejaban de ser expresiones contra ella; y no es casual que sus dos autores terminaran en el exilio pocos años después, consumada la derrota de la República. El exilio, en el amplio sentido del término, es el verdadero hilo conductor del pensamiento crítico español —y en lengua española, podemos añadir, aunque ahora no sea el momento de adentrarse en esta enorme complejidad—, siendo el de 1939 su último gran episodio, lleno de lucidez intelectual pese a sus sombras.

Lo más destacado y relevante del liberalismo y del socialismo españoles del siglo xx encontró en el exilio republicano de 1939 expresiones diversas, marcadas unas veces por la complicidad, otras por el desencuentro, pero siempre en medio de debates fecundos y al hilo de acontecimientos que condicionaron nuestra historia reciente. El presente libro quiere trazar una panorámica de esta lucidez sombría. Los nueve trabajos de que consta despliegan así una mirada, no interdisciplinar pero sí plural sobre la cuestión, cuyo enfoque primordial es la historia del pensamiento político, entendida y puesta en práctica con acentos diferentes y desde sensibilidades diversas. Todos ellos son resultado de dos simposios internacionales sobre pensamiento político del exilio español del 39, celebrados en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC durante el transcurso del proyecto de investigación *El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política* (FFI2012-30822), el cual se ha venido desarrollando durante los últimos cuatro años.

El primero de dichos trabajos, «Ortega en su laberinto: liberal y expatriado», se centra en un referente seguramente inexcusable para entender el pensamiento del exilio republicano del 39 por su ascendencia sobre buena parte de él, si bien se trata de un referente incómodo por su relación difícil, frustrada y casi imposible con el exilio en cuestión. Su impronta dejó Ortega en él, aunque fuera para propiciar en algunos de sus protagonistas desarrollos creativos, heterodoxos y críticos respecto de su saber. Pero, más allá de esta controvertida ascendencia, la referencia de Ortega también resulta muy pertinente en un volumen como este por al menos otros dos motivos. Primero, porque Ortega personifica de alguna manera esa condición ambigua, por momentos entusiasta pero finalmente fallida del liberalismo español. En este capítulo inicial, Jorge Novella Suárez traza una retrospectiva del liberalismo de Ortega, siempre impulsado por su vocación reformista pero siempre detenido por circunstancias adversas y también por su propia deriva conservadora, hasta desembocar en un liberalismo imposible, a la medida de un intelectual que ha renunciado al exilio y que en la España de Franco no es nadie. De ahí el segundo de los motivos aludidos, su perfil singular y difícilmente clasificable, distante tanto del exiliado como del intelectual conformista, lo

cual invita a reflexionar sobre la categoría de exilio y otras cercanas como las de expatriado o refugiado.

Uno de los pensadores más relevantes del exilio en cuestión que, sin ser discípulo de Ortega recibió su influencia, fue José Ferrater Mora, protagonista del segundo capítulo. En «Ferrater Mora, un liberalismo de raíz ética», Carlos Nieto Blanco, pionero en su momento en la sistematización de su obra, reflexiona en torno a cuatro rasgos de este liberalismo que, aun bajo una impronta singular (plasmada por ejemplo en su original asunción del pensamiento dialéctico), no deja de resultar ejemplar. Tales son su vocación moral o ética como el propio título de la contribución indica; su permeabilidad al nuevo contexto geopolítico, marcado por la Guerra Fría y la influencia creciente del anticomunismo entre los intelectuales del exilio, a través de medios como los *Cuadernos del congreso por la libertad de la cultura*; su inquietud por abrir cauces de comunicación entre el exilio y la disidencia intelectual del interior, a sabiendas de la dificultad de lograrlo y de las inevitables tensiones existentes entre una y otra orilla; y la expresión literaria, en este caso la narrativa, como cauce alternativo al pensamiento conceptual para la plasmación de reflexiones de índole moral y política.

En «La cultura institucionista en el exilio: la quiebra de un proyecto liberal», Jorge de Hoyos Puente se centra en un capítulo esencial del liberalismo, no ya en el exilio, sino también en la cultura, el pensamiento y el reformismo de la llamada «Edad de Plata» como es el institucionismo. De otra manera que Ortega y su entorno aunque con obvias analogías, esta cultura fue seguramente el mayor ejemplo de liberalismo en la España contemporánea, con todas sus ambigüedades y contradicciones; sobre todo a partir de 1936, cuando unos institucionistas opten por el compromiso y otros por la retirada; unos por la visión equidistante del fascismo y el socialismo, otros por la identificación con este último si bien entendido en un sentido ético y alejado del marxismo. Este último caso fue el de Joaquín Xirau y Fernando de los Ríos, los dos pensadores más relevantes del institucionismo en el exilio, ambos muy involucrados en el reformismo educativo de la República —y en el caso del segundo, en la acción política explícita, como bien es sabido— y en cuya reflexión distingue el autor tres grandes ejes: la crisis radical del mundo actual; la misión de la universidad y la reivindicación del legado institucionista —asimilado en términos de una expresión actualizada, en el fondo, de un legado más amplio que recorre toda la tradición del humanismo hispánico—.

«Democracia y liberalismo en el pensamiento de José Medina Echavarría», por Juan Jesús Morales Martín, se centra en la obra de un autor aún escasamente conocido y cuyo perfil aporta señas de identidad propias a este recorrido por el liberalismo del exilio. Sobre el trasfondo de algunas notas comunes a otros compañeros de viaje, tales como la necesidad de completar el individualismo político con la responsabilidad social, o el compromiso con la República entendido como un proyecto cívico y de ciudadanía plural

a través de la cultura, Medina buscó en la ciencia y sobre todo en la sociología, una guía para la acción política. Se convirtió así en uno de los grandes estudiosos y traductores de la obra de Max Weber, en la que encontró inspiración para pensar, de una manera creativa, los problemas de su tiempo y especialmente aquellos relacionados con el desarrollo de la economía y la democracia en América Latina.

El siguiente capítulo, titulado «El posibilismo anarquista de Marín Civeira o la búsqueda de una economía política para el hombre real» y firmado por Ricardo Tejada Mínguez, constituye una suerte de transición del liberalismo al socialismo a través de la obra de un anarquista casi desconocido y autor, sin embargo, de dos importantes libros. En *Presencia del hombre y Rebelión del hombre*, este pensador autodidacta, alejado de la academia y vinculado a la masonería —además, por supuesto, del sindicalismo—, distante de la violencia revolucionaria y dotado de un intelecto permeable a diversas corrientes políticas e ideológicas, plasmó toda una reflexión crítica sobre la técnica, la economía y la democracia.

Los dos capítulos siguientes se adentran en los problemas del socialismo español en el exilio, del que se acusa su olvido tras la transición democrática y del que se hace memoria para advertir ciertas conexiones con el presente. «El socialismo español en el exilio: derrota, esperanza, frustración», por Antonio García Santesmases, distingue tres momentos, tal y como revela el título de su contribución: primero el dolor asociado a la derrota en la Guerra Civil; después la esperanza vinculada a las perspectivas que se abren tras la Segunda Guerra Mundial; finalmente la frustración tras la consolidación del régimen de Franco. Todo ello a propósito de la trayectoria de Indalecio Prieto, imprescindible para entender los dilemas de la política española en el exilio. Por su parte, Mari Paz Balibrea aborda la figura de Luis Araquistáin a contrapelo de ciertos estereotipos sobre el valor supuestamente escaso de su obra y de su contribución política. En «Desde *la madriguera siempre cómoda de la revisión marxista*: reivindicación de *El pensamiento español contemporáneo* (1962) de Luis Araquistáin», la autora plantea una re-significación de esta figura más allá de su relación con la nación —es decir, con la España de Franco y con la resistencia del interior— como criterio valorativo primordial. Desde una perspectiva transnacional, reinterpreta entonces dicho libro, encontrando en sus contenidos (diálogo crítico con el marxismo, reflexión sobre el estado totalitario, propuesta de atlantismo...) todo un ejemplo de intervención en la realidad a través del pensamiento (de la filosofía política y la historia de las ideas, especialmente).

Cierran este recorrido dos contribuciones sobre la presencia de Marx en el pensamiento político del exilio. «Adolfo Sánchez Vázquez: filosofía y praxis», por Pedro Ribas, recorre la trayectoria del que seguramente haya sido, junto con Manuel Sacristán, el principal filósofo marxista en lengua española. Se centra primero en su corta pero intensa etapa anterior al exilio,

etapa de juventud marcada por la militancia comunista, la Guerra Civil y la defensa de la República, y de la que surgiría su obra poética. A continuación se centra en sus años de exilio en México, destacando su *Filosofía de la praxis* y su evolución intelectual, al hilo de una ruptura progresiva con el marxismo dogmático y con el llamado «socialismo real». Finalmente, da cuenta de su aportación a la filosofía en general y en lengua española en particular, destacando la conexión que planteó entre filosofía e ideología, en polémica con el marxismo althusseriano.

El volumen concluye con «La presencia de Marx en Juan D. García Bacca», presencia atípica por su carácter «apolítico», ligada nada menos que a la búsqueda de una nueva metafísica a la altura de los tiempos, especialmente de los nuevos paradigmas y descubrimientos científicos. En este último capítulo, Sergio Sevilla revisa la peculiar lectura de la obra de Marx realizada por uno de los filósofos más singulares del siglo xx como Juan D. García Bacca; una lectura que arroja como principal resultado un nuevo concepto de praxis entendida como recreación y transformación permanente del mundo, o como un humanismo positivo en la que la técnica adquiere protagonismo por su papel humanizador.

Obviamente, se trata solo de una panorámica con algunas fotos fijas en la que podrían echarse de menos muchos nombres, cuestiones y debates. Si hablamos de liberalismo, igualmente oportuno habría sido incluir una contribución sobre Francisco Ayala o Luis Recasens Siches, e incluso sobre María Zambrano. Si se trata de poner en valor el pensamiento socialista, podrían echarse de menos nombres como los de Jiménez de Asúa o Wenceslao Roces. Los nueve trabajos que pueden leerse a continuación no tienen una pretensión exhaustiva, pero sí un deseo firme de invitar, incitar y provocar. Trazan un recorrido coherente a lo largo de una geografía muy diversa y amplia, que aún no ha sido explorada como merece.

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO
IFS-CCHS-CSIC